



LEONARDO
IGLESIAS

SIN TÍTULO / FOTOGRAFÍA ANALÓGICA

de la **LO TRÁGICO** **EXISTENCIA**

HERÁCLITO AFIRMABA QUE EL FUNDAMENTO DE TODO ESTÁ EN EL CAMBIO INCESANTE, POR LO QUE EL ENTE DEVIENE Y TODO SE TRANSFORMA EN UN PROCESO DE CONTINUO NACIMIENTO Y DESTRUCCIÓN AL QUE NADA ESCAPA: *PANTÁ RHEI*. EL *DEVENIR* ES LO QUE SUCEDE Y SE DA EN UN CONSTANTE FLUIR; LO QUE EN LA DIMENSIÓN TEMPORAL *ESTÁ-SIENDO*, NO LO QUE *ES*.

En su momento, Plutarco se refirió a lo que afirma Timeo en el diálogo platónico, en relación a que el destino abarca todo de manera circular; y así, en el tiempo mítico es circular todo lo que tiene un comienzo y un fin que coincide con el mismo comienzo, para volver a iniciar el ciclo.

Plutarco dice:

Todo lo que está agrupado necesariamente desde arriba tanto bajo el cielo como sobre la tierra, será restablecido nuevamente en el mismo estado, y nuevamente todo se repetirá desde el principio, de igual manera y según las mismas circunstancias... cuando vuelva nuevamente la misma causa, nosotros mismos, habiendo vuelto a existir haremos las mismas cosas de igual manera, y así también todos los hombres (1996: 3).

Así, el movimiento cíclico es el inicio de algo que va a seguir un curso hasta su término para comenzar el nuevo proceso, cuyo sustento básico es la repetición de lo idéntico a sí.

Nietzsche, en su idea del Eterno Retorno, enuncia: “Sólo el que se sienta capaz de repetirse eternamente perdurará” (1965: 32). Un ejemplo de esto se encuentra en el mito del Ave Fénix, del cual se dice que viene a Egipto sólo cada quinientos años, cuando muere su padre; al envejecer construye un nido de canela e incienso, lo llena de perfume y muere en él, y de sus huesos y despojos nace un gusanito que se transforma en un ave joven. Es un ser compuesto de fuego, de la naturaleza misma del sol, inmortal, capaz de renacer de sus cenizas en forma de un pequeño gusano cuyo ciclo requiere 540 años, que en la tradición caldea era el tiempo entre el nacimiento de una gran figura espiritual y la siguiente (Grossato, 2000: 108-109).

Por su parte, Friedrich Engels concibe el mito del eterno retorno de la siguiente manera:

No hay nada eterno fuera de la materia en eterno movimiento y de las leyes con arreglo a los cuales se mueve y cambia. Pero, por muchas veces y por muy implacablemente que este ciclo se opere también en el tiempo y en el espacio [...] la materia permanecerá eternamente la misma a través de todas sus mutaciones, ninguno de sus atributos

puede llegar a perderse por entero y por tanto, por la misma férrea necesidad con que un día desaparecerá de la faz de la tierra la floración más alta, el espíritu pensante, volverá a brotar en otro lugar y en otro tiempo (Engels, 1961: 20).

La realidad sucede en el devenir, lo que por definición es un fluir de los elementos, resultante de la lucha de fuerzas: unas hacia atrás y otras hacia delante; unas tienden a conservar las formas y otras a modificarlas; unas hacia la construcción y otras a la destrucción. El proceso del devenir, el llegar a ser de las cosas dentro de la realidad del cosmos, es movimiento que se traduce en cambio y transformaciones, dando no una idea de estabilidad sino de caos, en lo que algo se conforma y luego se destruye. Vistas las cosas desde la dimensión cósmica, lo que hay es lo profundo, lo inaccesible, lo inorgánico, que ocasionalmente se hace presente en la superficie de la realidad o en la existencia humana. Tal es el caso de lo vivo y lo mental consciente, que existe sólo en pequeños lapsos, de poca duración y escasa distribución en el universo. Sólo una muy pequeña parte emerge a la superficie con una forma distinguible por la mente humana.

Originalmente la realidad es ambigua, es y no-es, tiene valor en diversas direcciones y se rige por la contradicción, en la que los opuestos se anulan mutuamente, lo que conduce a que un extremo de la misma sea negado, oculto, enviado al fondo de la realidad; y así, ahora la realidad es o no-es, muestra un lado aparente y uno oculto que queda en espera para manifestarse. En otra dimensión, la realidad se presenta entre dos polos extremos y contrarios que son parte de un *continuum*, en el que uno es interdependiente del otro. Ambos contrarios son opuestos: uno niega al otro, el más se corresponde con el menos del otro y viceversa. El movimiento de éstos es parte del devenir, de tal manera que la posición de uno induce la del otro y su mutua influencia mantiene el movimiento del fenómeno. Si el movimiento tiende al extremo, lleva y arrastra al otro tras de sí, quitando fuerza y valor al contrario. En su posición absoluta se halla en un extremo, en tanto el otro se halla en el opuesto. Si ambos van al extremo, se exige una gran fuerza por ambos contrarios para sostener la posición.

LA REALIDAD CONTIENE LAS PROPIAS FUERZAS DE SU DESTRUCCIÓN Y ÉSTAS SE ABREN PASO EN EL CURSO DE LA EXISTENCIA HASTA REVELAR LO QUE DICHA REALIDAD OCULTABA.

En consecuencia, surge la síntesis que es la nueva formulación de la realidad: *Todo proceso llevado a su extremo genera su contrario*, es la máxima expresión del pensamiento dialéctico griego. La realidad contiene una doble vertiente, en la que se opta por un lado de la misma, la que a su vez niega otra que queda subyacente, esperando la oportunidad para manifestarse. Como ejemplo, la existencia de la luz niega la oscuridad, a su vez ésta niega la primera cuando se expresa en su turno. En el pensamiento racional la necesidad de consistencia conduce a aceptar algo por real como lo que es, lo que niega lo que no-es, mientras que en la mentalidad arcaica o el pensamiento inconsciente algo puede ser y no-ser al mismo tiempo; en la apreciación estética lo bello niega lo feo de la obra, y así, en los diversos ámbitos de la realidad. Hegel afirmaba que la relación entre el ser y la nada reside en el “movimiento del inmediato desaparecer de uno en otro: el devenir” (1968: 78).

Todo lleva en su seno el germen de la propia destrucción es, a su vez, la máxima expresión del curso del devenir. La realidad contiene las propias fuerzas de su destrucción y éstas se abren paso en el curso de la existencia hasta revelar lo que dicha realidad ocultaba. Estas fuerzas operan contra la resistencia al cambio o transformación que se expresa en la inercia de la realidad. Así, la realidad consciente oculta las fuerzas del cambio, transformación o destrucción. De igual manera, aquellos rasgos que llevan a los humanos a unirse serán fuente de separación, pues al realizarse la unión se niega una realidad que queda oculta para aparecer posteriormente y a su vez negar lo aparente.

Como expresión de la fuerza vital que lanza al individuo a apropiarse de la realidad, el instinto quiere la eternidad absoluta: todo, siempre y sin condiciones. El procedimiento al alcance del instinto es la *repetición*, que implica una estructura subyacente puesta en operación y que genera una pauta idéntica de conducta; en lo que, encendido el mecanismo, se pone en juego todo el proceso de principio a

fin. La repetición es el proceso fundamental de lo inconsciente, lo que es principio de la configuración de formas y el sustento del aprendizaje subyacente al proceso evolutivo. En relación a lo cual, Nietzsche dice “todo devenir se mueve en la repetición de un determinado número de estados perfectamente iguales” (1965: 14).

En la dimensión neural, la repetición conduce a la ausencia de respuesta, en tanto las características del estímulo sean iguales, que es lo que sucede en la *habituación*, en la que tiende a desaparecer el interés por el objeto, que se reaviva cuando éste se manifiesta cambiado. Aquello a lo que el individuo se ha habituado forma parte de lo inconsciente, que igual persiste como estructura y se halla presto a expresarse en la condición propicia, subyace a la realidad y desde el fondo ejerce su influencia a pesar de la pretensión consciente del sujeto. Esto es, lo que se repite deja de ser consciente y se va al fondo a tomar parte de la estructura de conducta, deja de ser sólo una respuesta para incorporarse a la corporalidad.

EL DESTINO

Es fatal lo que está marcado por el *destino*.¹ Aquello que ordinariamente es apreciado como una maldición que se impone al individuo, se atribuye, al igual que la bendición, a potencias extraordinarias que obran de manera caprichosa sobre el hombre y le muestran el lado oculto de las cosas.

Se dice que “todo está escrito en el libro de la vida”, como un acto de precognición. Igual, “las cosas pasan porque tienen que pasar”, significa que el devenir en lo profundo es inaccesible a las capacidades humanas, que ya está dado todo como procedente de un mandato o norma fuera de la voluntad humana. Por lo que se trata de anular ésta y entregar la voluntad a Dios o a una potencia extraña. Después de esto, darle libre albedrío al humano es un buen chiste sobre la idea que se tiene de la libertad.

Sin embargo, el destino no es necesariamente trágico, pues vivir individualmente el destino es asumir el estilo de la propia vida como algo

1 El término se deriva de *fatum* - hado, destino, lo que han dispuesto los dioses, lo hablado. Es una derivación de *fari* - hablar, *fatus* - hablado.

distinto, que coloca a cada quien en una coordenada espacio-temporal específica, y genera el principio de individuación que es el fundamento de lo irrepetible de la existencia humana. Así, se habla del destino de la humanidad o de un pueblo, lo que sucede en la dimensión histórica y es común a grandes poblaciones. En cambio, el destino individual se da como un hecho que es un experimento del devenir para generar lo singular, en lo que se expresa la esencia de la tendencia evolutiva a

formular entidades autónomas con su propia pauta de existencia. Lo que significa que la existencia individual es específica de cada uno, como decía Jaime Torres Bodet: “la única ley positiva de la existencia es la de no atar el destino del mundo a la dimensión de lo individual” (1996: 47).

Quien realiza el destino es quien tiene fortaleza, pues los débiles no se atreven a realizarlo. El fuerte no lucha contra sí mismo, usa la fuerza para construir un estilo de existencia haciendo frente a la adversidad, el infortunio, la desgracia, y venciendo la resistencia que la realidad ofrece. Por ejemplo, Beethoven realiza su destino en tanto estaba hecho para ser lo que fue: el mejor de la música, llevando la sordera como enemigo. Aun así sigue, su destino era ser músico y desde el interior sentía la llamada presente en la Quinta Sinfonía.

Vivir lo trágico del destino es caminar hacia la destrucción de una realidad que, en función de lo inválido de ésta, conduce a la configuración de una diferente. Si el destino se cumple como lo ineludible, inmutable, predicho, prefigurado, entonces se convierte en condena, en la que el individuo se anula a sí mismo; mientras que en la primera, la lucha lo conduce a superarse y generar otra realidad. La comprensión de esto se logra cuando el individuo llega a concebirse como una totalidad que incluye los diversos ámbitos de la realidad. No basta la razón para comprender esto; se necesita intuir la realidad en función de la propia voluntad que ha pretendido apropiarse de ésta, y en este apropiarse está la pérdida, el extravío y quizá la anulación.

La comprensión del destino humano es posible en tanto se concibe a éste yendo por la realidad como un impulso profundo, al cual no se tiene acceso, y sin embargo, es un impulso que guía la vida a pesar de la razón individual.

EL FUERTE NO LUCHA CONTRA SÍ MISMO, USA LA FUERZA PARA CONSTRUIR UN ESTILO DE EXISTENCIA HACIENDO FRENTE A LA ADVERSIDAD, EL INFORTUNIO, LA DESGRACIA, Y VENCIENDO LA RESISTENCIA QUE LA REALIDAD OFRECE.

El destino versa sobre las vicisitudes que sigue el curso de una vida, las que se dan inexorablemente, independiente de la voluntad o pretensión consciente del individuo. Es algo

que se halla trazado en lo profundo del ente y que no es accesible a la conciencia salvo en algunas circunstancias en las que el individuo sabe que lucha contra su destino. Sigue un curso inexorable, determinado por una trama de hechos en la vida que orientan a la personalidad en una dirección particular. Así, exponerse al destino es disponerse a que éste guíe el curso de la vida, lo cual se relaciona con pagar en la existencia la cuota por el hecho de vivir.

Los motivos de la conducta son inconscientes, provienen de lo profundo y se hallan contenidos en la estructura biológica del humano; sin embargo, como *homo sapiens*, el hombre piensa que la realidad que genera es resultado de los propósitos conscientes, por lo que no considera al impulso que lo mueve de manera inconsciente y que se expresa en la vida a pesar de sus esfuerzos por realizarse de manera racional, pensada, planeada. En tanto la inteligencia, la conciencia y el pensamiento son lo último adquirido de la especie en el proceso evolutivo, se construye una realidad consciente que responde a las pretensiones del hombre, y en el fondo se hallan las fuerzas que empujan contra esto y conducen por otros derroteros.

Hay una fuerza que ejerce presión en los muros de contención; y a mayor esfuerzo invertido mayor es la fuerza contenida, la que se incrementará y se expresará oponiéndose al curso de la realidad y al final la derrumbará de manera funesta a pesar de las pretensiones humanas. Lo anterior explica la dialéctica de la formación del carácter. Son

rasgos que coherentemente se relacionan entre sí y conforman una totalidad de estilo, que como modo de vida se conforma en las primeras etapas del desarrollo de la personalidad y responde a los conflictos planteados en la circunstancia propia de un momento de la existencia. Durante el curso de la vida, el conflicto recibe una respuesta de acuerdo con una condición particular, y lo que en otra etapa fue necesario y eficaz se torna innecesario, no responde a lo requerido y se convierte en fuente de malestar. Lo que impulsó al avance y se usó como herramienta eficaz ante la vida es ahora origen de trastorno, por lo que tiene que morir o cambiarse por otro estilo. Así, el carácter lleva en el interior las fuerzas de la propia destrucción.

LA TRAGEDIA

El hombre trasciende la existencia individual natural a través de la espiritualidad, de la creación cultural. De un ser que *es*, llega a ser un *existente*. Ahora es otro, es un existente en la medida que ha adquirido la naturaleza cultural, es el ser que se hace en la existencia misma, en el devenir, en el que *se-es-siendo*. De esta manera, la expresión de la naturaleza cultural es fuente de fortaleza de la voluntad humana, y este poder incorporado mantiene la continuidad del individuo. El riesgo es convertirse en otro, extraño a sí mismo, pero esto se resuelve en la existencia histórica, que expresa la *continuidad* de lo existente. Así, por la existencia histórica, al estar resuelto el individuo se actualiza y a su vez reitera lo que ha sido.

La existencia implica, pues, la muerte del ser, su negación; en consecuencia, el temor a la muerte es el temor a ser otro, a dejar de ser sí mismo. Igual, el temor a la muerte es expresión de la resistencia a existir; y así, el ser vive para la muerte por medio de la existencia. La historia es la manera de enfrentar la muerte, para arribar a lo trascendente en la temporalidad, no en la eternidad. Mientras, la alteridad de la muerte niega al ser que aspira a existir.

Al aplicar la fuerza, el individuo logra el placer del dominio y busca obstáculos a vencer, algo que se le resista, incrementando así el propio poder. Esto es lo que constituye la *fase de ascenso* de la voluntad de poder, en la que la realidad es el objeto en el cual se

proyecta la fuerza. La voluntad de poder se expresa ante todo en la transformación de la realidad, que para el humano es una realidad cultural, por lo que la cultura en avance es expresión de la fase ascendente de la voluntad. Los mitos de creación en las cosmogonías son proyecciones de esta condición humana, donde sucede la autogénesis del hombre, y en la que éste es tal en la medida que hace cultura.

En el devenir, la voluntad de poder va en búsqueda de la propia destrucción. La realidad misma la anula, y el punto medular de este proceso es el momento en el cual se apega al objeto, se aferra y busca conservarla, mantenerla o perpetuarla. Ahí es donde comienza la *fase decadente* de la voluntad de poder. Se usa la fuerza para construir resistencias, para impedir que la realidad fluya en el proceso inexorable de creación y destrucción, en el eterno volver de la realidad a sus principios. Esta es la vía trágica de la voluntad de poder, el camino por el cual se anula a sí misma en el proceso de realización, como parte del devenir inexorable.

En la representación dramática de la tragedia se busca conmover al espectador, esto es, remover en éste los sentimientos, fantasías o pensamientos que ahora tienen acceso a la conciencia de éste, son reconocidos como tales y son liberados de la carga afectiva que los acompañaba (compasión, temor, deseo). Lo que conduce a un ordenamiento de la vida psíquica, en el cual el entendimiento ocupa una posición jerárquicamente superior sobre las pasiones.

La tragedia como representación muestra un suceso extraordinario, cuyo desenlace es funesto y origina pesar, infunde terror o lástima; es la imitación no de personajes sino de acciones y la vida de éstos. La situación trágica se basa en la existencia de un contraste que no permite salida; si ésta aparece al menos como posible, lo trágico se esfuma. Esta situación es expresión de fuerzas opuestas, en las que el individuo no logra dar salida a un conflicto y observa inmóvil cómo la vida sigue, sin poder sustraerse a la fuerza que lo impulsa. El héroe se cuestiona y se atormenta, desesperado trata de dar respuesta a su condición pero sólo logra experimentar dolorosamente el peso de la responsabilidad. Así, la tragedia es la forma más precisa de mostrar a las fuerzas en pugna, las cuales sólo arrastran a la

destrucción a quien le toca vivirlas. Por ejemplo, en la relación hombre-destino, el héroe trata de sobrellevar los presagios que se le hacen, pero es inevitable, es una lucha desmedida contra un elemento que es más fuerte que él. En consecuencia, el destino se presenta como irrevocable.

La tragedia de la existencia humana es mostrada por el devenir mismo. Se relaciona con la dinámica dentro-fuera; y en el cambio que hace el individuo al incorporarse a una realidad se muestra el lado trágico de la realidad. El otro es la figura que devela la tragedia de la existencia y es tomado como un instrumento por el individuo para que sirva de punto de apoyo en el movimiento (dentro-fuera, fuera-dentro). En variadas circunstancias, como la medicina, la religión o la educación, el otro es el instrumento del cambio (enfermedad/salud, pecado/virtud, ignorancia/conocimiento) y como tal opera en escena. Persistir en ésta conduce a otro camino: apearse al objeto-instrumento que sirvió de apoyo, lo cual resulta absurdo, pues es incongruente con la pretensión de ser sí mismo. Al final, lo que fue negado se impone en la vida, destruye un modo de existencia y abre paso a ser lo que se es; con lo que las pretensiones conscientes del individuo se erigen como mentira para ocultar la realidad interna.

LA TRAGEDIA EN LA LITERATURA

La tragedia griega versa sobre las vicisitudes que sigue el curso de una vida. Es algo trazado en lo profundo de la existencia, que no es accesible a la conciencia salvo en algunas circunstancias en las que el individuo

lucha contra el destino. En la mitología griega, Sísifo insiste en construir una realidad de acuerdo con su propia pretensión, fuerza las cosas de la vida y busca mantenerlas bajo su dominio. En este aspecto, es el hombre que hace mucho esfuerzo para hacer la vida, no logra lo que pretende, y su esfuerzo no se traduce en un resultado apetecido. Es la repetición de algo, que en un ciclo sin fin mantiene la voluntad de poder en acción, como si sintiera que fuera su destino y éste se convierte en su condena: llevar cuesta arriba un enorme bloque de piedra, hasta la cima de una

montaña y soltarlo cuesta abajo en la otra ladera. No consigue hacerlo: cada vez que está a punto de llegar a la cima, el peso de la piedra lo obliga a retroceder, y la piedra vuelve una vez más al punto de partida.

En la tragedia de Edipo se trata de un destino trazado con anterioridad, que está conformado por las fuerzas que operan en lo profundo (el oráculo), las que a su vez son expresión del destino del otro (el padre), del cual es origen. Esto es,

el destino del padre a su vez es trágico: ser muerto por el hijo. Lo que se haya formulado previamente, de manera inexorable se realizará aún contra la pretensión del individuo, como algo que se le impone. Hay un saber previo contenido en el mensaje del oráculo; es un saber que amenaza el poder de Layo y llega por boca de Tiresias que es el adivino ciego, que sólo puede ver hacia dentro de sí.

A un pastor del monte Citerón le entregan un niño para que lo aniquilase, pues se decía que dicho niño habría que dar muerte a su padre. Al final, lo entregan a un anciano quien lo salva. Polibio de Corinto y Mérope lo crían y lo ven crecer. Edipo se entera que



es hijo adoptivo y va a consultar al oráculo de Delfos, preocupado por saber quiénes son sus padres. No recibe respuesta, pero sí una profecía: “que subiría yo al lecho de mi propia madre, y de ese trato engendraría yo una prole abominable para todos los hombres, y que yo habría de ser el asesino de mi propio padre”. Decide huir del lugar ante el destino que le espera. De manera azarosa, en la convergencia de tres caminos en un altercado mata a su padre ignorando que es tal. Luego, resuelve el enigma de la esfinge “dejando en el silencio lo que el misterio había envuelto en sombras”: la muerte de Layo. Esto es, el júbilo por la resolución del enigma oculta el acontecimiento fundamental de la historia: el asesinato del padre.

El saber de la razón deja oculto lo dado por el destino, y en consecuencia, el individuo queda expuesto y a merced de las fuerzas de las que trató de huir y sucumbe ante la realidad que desde lo profundo emerge a pesar de su pretensión consciente. Al final, la tragedia se resuelve cerrando los ojos al afuera para permitir ver hacia dentro de sí, como lo proclama posteriormente Sócrates.

En *Romeo y Julieta* de William Shakespeare, el conde Paris se reúne con el señor Capuleto para conversar sobre el matrimonio de su hija; pero Capuleto le pide que espere durante un lapso de dos años, tiempo tras el cual Julieta cumpliría quince años de edad. Romeo de la familia de los Montesco, acepta acudir sin invitación a la ceremonia, esperando encontrarse con Rosalina. No obstante, cuando llega al hogar de los Capuleto, se encuentra con Julieta y se enamora perdidamente de ella; por su parte, Julieta admite su amor por él a pesar de la hostilidad entre las familias. Con la asistencia de Fray Lorenzo, quien espera reconciliar a los grupos rivales de Verona a través de la unión de sus hijos, al día siguiente del juramento de amor, los enamorados se casan en secreto.

Ofendido por la intromisión de Romeo en el baile familiar, Teobaldo, primo de Julieta, reta al joven a un duelo. Sin embargo, Romeo evade el combate. Mercucio, amigo de Romeo, impaciente tanto por la insolencia de Teobaldo como por la “cobarde sumisión de Romeo”, acepta el duelo y resulta mortalmente herido. Dolido ante la muerte de su amigo, Romeo retoma el enfrentamiento y logra asesinar a Teobaldo. Julieta lucha ahora en su interior por aceptar el amor

de Romeo que resulta ser el asesino de su primo. A consecuencia de lo anterior, el príncipe exilia al joven de la ciudad, y el señor Capuleto decide ofrecer a su hija en matrimonio al conde Paris. Finalmente, la joven acepta bajo la condición de postergar el día de la boda, aun cuando la madre se niega terminantemente.

Julieta visita a Fray Lorenzo para pedirle apoyo, y éste conviene en ofrecerle una droga que la induciría a una intensa inconsciencia de manera transitoria. Una vez que la joven acepta llevar a cabo la farsa, el fraile le promete enviar un mensaje a Romeo, informándole sobre su plan secreto, por lo que podría volver cuando ella despierte del sueño. La noche anterior a la boda, Julieta ingiere la droga y sus familiares, al creerla muerta, depositan su cuerpo en la cripta familiar. A pesar de su promesa, el mensaje de Fray Lorenzo nunca llega a Romeo; en cambio, éste se encuentra con Baltasar, uno de sus sirvientes, quien le informa de la repentina muerte de Julieta. Triste ante semejante noticia, Romeo decide comprarle al boticario un eficaz veneno, antes de acudir a la cripta donde se encuentra Julieta. Convencido que su amada está muerta, Romeo procede a beber el veneno. Y luego, al despertar del sueño, Julieta se encuentra con el cadáver de Romeo, e incapaz de hallar una solución a tal circunstancia, determina atravesarse el pecho con la daga de su esposo.

En esta tragedia se trata de luchar contra un destino (la separación, la distancia, el odio entre los dos grupos); al final se impone lo que está subyacente y se trató de negar. Todo por obra del azar, lo incierto, lo oculto, lo que teje las redes de la existencia humana, se impone y opera como destino, independientemente de la pretensión consciente.

LO HUMANO DE LO TRÁGICO

El devenir contiene fuerzas que se oponen al curso de las cosas. Dichas fuerzas constituyen la inercia de la realidad, que es el sustento de las formas y el cemento que da solidez a lo que se resiste al cambio. De esta manera, la realidad que aparece es resultado de un proceso que se opone a la modificación y tiende a lo fijo y eterno, lo cual marca una tendencia orientada a conservar lo existente, que sea eternamente y no perezca, para impedir la muerte y construir una realidad más allá de la física, sin existencia real.

En la vida, lo trágico y oculto es la muerte, concebida como fuerzas que se oponen a la vida y permanecen silenciosas durante la existencia y se expresan subrepticamente en las enfermedades, el accidente, etc. Lo que significa que la muerte, como parte de la vida, se halla exiliada y aparece al final en forma de “los que ya murieron y esperan en la otra vida”. Están vestidos de blanco, viejos y antiguos; representan las partes infantiles enviadas muy al fondo de lo inconsciente y, a su vez, las partes del individuo que se hallan fuera de la escena de la vida para que no hagan ruido, sólo así es posible la vida.

Lo trágico revela la condición humana, en la que usando la “conciencia”, el individuo queda atrapado en su formulación, y la realidad profunda sobre la que no tiene acceso se le impone. Dice querer una cosa y termina con otra en las manos; realiza múltiples esfuerzos por lograr lo que pretende, y éstos no se traducen en hechos eficaces en la realidad. A pesar de sus esfuerzos, se le impone una realidad que es el verdadero origen de lo que sucede; a pesar de su pretensión se revela el hombre expuesto a un destino trágico, que camina en búsqueda de algo que dice pretender, lo que lo conduce a oponerse a su destino y en la medida que hace esto emergen las fuerzas de lo profundo que se impondrán y marcarán con su sello la existencia.

Lo trágico se halla en los que reniegan de la religión teológica con odios racionalistas; los que sin asomarse a una concepción religiosa vital de la existencia trágicamente piden al sacerdote a la hora de la muerte. Igual que quien ve la realidad como obra del intelecto y, negando la interioridad sentimental, termina desmoronándose ante la pérdida del amor o el poder. Es el que más anhela, más quiere y busca afanosamente, sintiendo que la vida misma va en prenda; tal es así, que termina viviendo a expensas y a merced del objeto amado. Un ejemplo tragicómico de la existencia es sentirse muy feliz cuando se es ignorante y pobre.

A pesar de las pretensiones conscientes, la conducta de los individuos humanos se realiza fuera de los propósitos morales y las fantasías acerca de la realidad. Pues la conducta proviene de lo profundo, lo que estaba oculto y al final aparece y hace valer su efecto: la misma apariencia consciente lo ocultaba y lo mantenía en el fondo. Negando las pretensiones

por realizar un tipo de vida, se impone lo que fue rechazado y enviado al olvido.

“La tragedia exhibe al hombre en su grandeza más allá del bien y del mal”, decía Jaspers (1960: 55). Esta realidad humana ordinariamente se halla revestida de disfraces intelectivos, morales, religiosos, entre otros. Sobre esto Nietzsche dice que “todo lo que es profundo ama el disfraz” (1965: 40), pues requiere de una máscara para expresarse, en tanto la realidad es sólo un síntoma del devenir. En la tragedia de Edipo, éste no tiene culpa ni es responsable del acto; éste es sólo expresión de las fuerzas del devenir, que no se hallaban aparentes en la vida ordinaria, desde lo profundo ejercieron influencia en la realidad y se impusieron en el curso del acontecer.

Jaspers dice que el hombre ha de experimentar que su vida se mantiene subordinada a algo más allá de su razón. Esa otra cosa, a la que se halla subordinado, es el destino. Y así, “su no-saber constituye la revelación de su saber trágico por lo que no ha logrado penetrar, o sea: el acontecer trágico sigue a una dirección inflexible a todo” (1960: 107). Mientras, interpretación filosófica de la tragedia se encuentra en el ser, pues “lo que es, lo es en la negatividad (en la dialéctica de todo ente), por medio de la cual éste se mueve y deviene trágico... la tragedia del mundo es entonces la universal negatividad que se da en la apariencia del fenómeno” (Jaspers, 1960: 109-110).

Afirmaba Miguel de Unamuno:

lo que llamo el sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos es, por lo menos, nuestro sentimiento trágico de la vida, el de los españoles y el pueblo español... Y este sentimiento trágico de la vida es el sentimiento mismo católico de ella, pues el catolicismo, mucho más el popular, es trágico. El pueblo aborrece la comedia (1987: 271).

En relación a lo cual, se refiere a la manera como Pilatos ofrece comedia al pueblo para que decida a quién quiere, pero el pueblo le pide tragedia: ¡Crucifícale!, refiriéndose a Jesús. En particular, se refiere al Quijote como una figura cómicamente trágica, “el alma inmortal de este mi pueblo”.

Dice que el punto de partida afectivo y personal de toda filosofía y toda religión es el sentimiento trágico de la vida, pues el anhelo de inmortalidad, que es el fundamento de dicho sentimiento, se sustenta en un

criterio irracional del cual derivan las construcciones idealizadoras. La lucha entre la razón y el deseo de inmortalidad conduce a la desesperación religiosa que no es otra cosa que el sentimiento trágico de la vida. “La solución católica de nuestro problema, de nuestro único problema vital, del problema de la inmortalidad y salvación eterna del alma individual, satisface a la voluntad, y, por tanto, a la vida; pero al querer racionalizarla con la teología dogmática, no satisface a la razón” (Unamuno, 1987: 77). Lo que describe como el fondo del abismo, que sustenta en la idea de que “la trágica historia del pensamiento humano no es sino la de una lucha entre la razón y la vida, aquella empeñada en racionalizar a ésta haciéndola que se resigne a lo inevitable, a la normalidad” (111).

El sentimiento trágico de la vida en los pueblos no brota de las ideas sino de la interioridad individual, pues “todo lo vital es irracional, y todo lo racional es antivital, porque la razón es esencialmente escéptica” (De Unamuno, 1987: 89). Refiere lo que decía Horacio Walpole, que “la vida es una tragedia para los que sienten y una comedia para los que piensan”. A lo que agrega: “y es que unos, los que ponen el pensamiento sobre el sentimiento, yo diría la razón sobre la fe, mueren cómicamente, y mueren trágicamente los que ponen la fe sobre la razón” (288).

En el hombre contemporáneo, la psicoterapia devela el lado trágico de la existencia humana, en la que el individuo se ha perdido en el modo de vivir. Lo que abre paso a las fuerzas de la propia destrucción que se encontraban en lo profundo del existir, ante las que el individuo sucumbe; para con una reconstrucción de la mente y la personalidad volver a vivir con otro modo de existencia.


La tragedia de la vida: el emerger en lo aparente destruye la realidad, y hay que dejar que fluya, lo que sucede inconscientemente. Dichas fuerzas no lograron ser precisadas y permanecen ocultas, subyacentes a los hechos ordinarios de la realidad; emergen desde lo profundo y sólo se determinan a posteriori. En la vida del hombre contemporáneo la fatalidad se halla más allá de las pasiones humanas o los caprichos de los dioses, pues rige la idea de que cada quien es dueño de su destino y tiene potestad de hacer su vida de acuerdo con la propia pretensión.

La idea es que a cada quien corresponde un destino

que es distinto, en tanto es resultado del entramado de circunstancias de diversa naturaleza que rodean la configuración individual, pues cada quien tiene la propia fórmula de individuación. Se trata entonces de intentar evitar el destino obrando en contra; y así se pretende impedir el desenlace. Con lo cual la tensión va a incrementarse gradualmente y será necesaria cada vez más fuerza para mantener las cosas en su lugar. Es entonces un problema de fuerza, y al final predominará la original del individuo, que es consecuencia de un proceso antiguo, pues la fuerza que se usó para impedir lo destinado era reactiva, no original.

Lo trágico de la existencia enuncia que todo marcha hacia su destrucción bajo la apariencia de lo excelso, y que la pretensión de inmortalidad y eternidad ocultan, pues lo único eterno es el devenir. Nadie puede huir a su destino y la tragedia es la escaramuza que hace el hombre para intentarlo.

La alternativa es: ser débil, una personalidad pobre, contenida, que lucha contra sí misma; o dejar de ser el que se ha sido para ser quien se es, con lo que se halla oculto y subyacente en la realidad. Lo que exige una disposición del individuo para destruir-construir el propio modo de vida y llegar a disponer de una existencia auténtica.

Hay que agregar que el que devela la tragedia de la existencia sale de la escena; de otra manera, ocupa el lugar que ocupaba al que denunció, y su presencia mueve a risa. Es el caso de los procesos históricos que se hacen conservadores cuando fueron originalmente revolucionarios. Ya Karl Marx en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* se refiere a una afirmación de Hegel de que todos los personajes y hechos de la historia universal se producen dos veces, “pero se olvidó de agregar: una vez como tragedia y otra vez como farsa.” La repetición es la farsa. 

Referencias

- Engels, F. (1961). *Dialéctica de la naturaleza*. México: Grijalbo.
Grossato, A. (2000). *El libro de los símbolos*. Barcelona: Grijalbo-Mondadori,
Hegel, G.W.F. (1968). *Ciencia de la lógica*. Argentina: Solar.
Jaspers, K. (1960). *Esencia y formas de lo trágico*. Argentina: Sur.
Nietzsche, F. (1965). “El eterno retorno” en *Obras completas*. Tomo III. Argentina: Aguilar.
Nietzsche, F. (1965). “Más allá del bien y del mal” en *Obras completas*. Tomo III. Argentina: Aguilar.
Plutarco (1996). *Acerca del destino*. México: UNAM.
Torres Bodet, J. (1996). “Reflexión sobre la muerte”, en *El Búho Excelsior*, 2 de junio; 47.
Unamuno, M. de (1987). *Del sentimiento trágico de la vida*. Madrid: Aguilar.